

Luis Mateo Díez

Mis delitos como animal de compañía



LUIS MATEO DÍEZ

Mis delitos como animal de compañía

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2022

© Luis Mateo Díez, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 12710-2022
ISBN: 978-84-19075-62-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Jaime D. Álvarez

I

El gusano en la cueva del trastorno

Para andar listo, nada mejor que la torpeza, y mientras menos se sepa de lo que somos, mayores posibilidades de subsistir sin que nadie se entere.

Lo pienso por la mañana, cuando al levantarme dejan de existir las emociones que me acompañaron en el sueño y estoy como recién resucitado, sin otra cosa que una claridad de ideas para que mi existencia sea menos vagarosa, más real e incierta, sin pausa ni aceleración, contradictoria si viene a cuento, pero nítida en las sensaciones que puede producirme mirar por la ventana sin que nadie me vea.

Desnudo o con el pijama sucio y nada que añadir a una valoración previa, sin temores ni resabios, sin que las circunstancias de la vida tengan otra dimensión que la del despertar floreciente, aunque persista la mies opaca de lo que el sueño todavía contamina, pero ningún resentimiento, solo la torpeza que me hará libre para ir más suelto, menos reprimido, disimulando cualquier causa y efecto.

Podría contarle todo si lograra aquilatar los débitos que mantengo con la salud perdida y me dejase llevar

por los afanes con que el convaleciente se llena de razón, esperanzado en que ya no quedan anillos en el desorden con que compareció ante quienes juzgaron su causa, sin que el delito fuese mayor que la afrenta con que la vida lo maltrató.

Alguien podría escribirme una novela, si fuese capaz de dictarla, pero no un testimonio ni una confesión llena de desperdicios y adulteraciones, si anduviera listo porque es la torpeza la que me espabila, y ya no queda ni raspa del sueño, si al mirar por la ventana nadie me ve, y esta ciudad por la que voy y vengo no es en la que nací, aunque siga llamándose Armenta y del río Margo que la circunda acaben de rescatar el cadáver de un ahogado que tiene mi documento de identidad con los datos domiciliarios de cuando era joven y la fecha exacta de mi nacimiento.

Un muerto precipitado pero no un muerto prematuro, alguien que obtiene la experiencia de morir un poco para acabar de cerrar el razonamiento de lo que la muerte añade a la vida, ni más ni menos que la solución de continuidad de un trance parecido al de la sucesión de las estaciones, por donde el tren que me lleva hace ya tiempo que descarriló.

En cualquier caso, dicte o no la novela, es la ocasión perdida para no volver a verme, por mucho que el espejo todavía retenga mi imagen, y llegue a través de la ventana la luz del despertar entre los horizontes morados.

Vinieron para hacerme uno de los suyos, y era lo que menos quería. Habían pasado ya unas semanas desde que tuve la certeza de que me seguían.

Así puede empezar la cosa, al dictado de esta ocurrencia que me tiene hecho unos zorros.

Unos días eran tres, otros seis, algunos no veía a nadie porque no los había y, sin embargo, al tiempo de salir de casa, cuando ya no iba a ningún sitio, solo a hacer la comprobación, estaba el perro en la esquina y, como no tenía dueño, ya que se trataba del perro abandonado que vivió muchos meses en el portal de la casa de al lado, yo contenía el temor de que me mordiera.

No lo hizo nunca, y cruzaba a su lado sin inmutarme pero ojo avizor, hasta que se produjo el fatal accidente de lo que le conté a Denario sin que él pusiese mucha atención a mis palabras.

Se trataba del suceso del perro atropellado por el camión de la basura.

—En la calle de Fomento, entre Ardiles y Copenhague, donde teníamos aquella timba en la que mataron al

otro perro, el de las pulgas, cuando la trituradora dejó de funcionar e hicieron la inspección los de Abastos y Mercados sin que descubrieran la carne del silo, los tajos para las fieras del Malabares y el Safari, dos circos sin alambristas ni trapecio.

Denario tenía las manos escocidas.

Esa manía de lavarlas con el agua hirviendo le quemaba la piel y las uñas y, en parecida proporción, se metía estopa en el cuerpo desnudo para que las varices de las piernas no se abrieran y en el vientre cicatrizase la herida de la operación de colon, cuando ya los pólipos degenerados habían sido extirpados.

–Siempre mueren de forma parecida –me dijo Denario, sin mirarme– y en cualquier caso, los mate quien los mate, el camión de la basura o la trituradora, la carne tiene igual precio, hayan venido o no los circos con las fieras. No me salgas ahora con remilgos. Los perros mueren con la misma intención, no hay bicho doméstico que no merezca pasar a mejor vida, tú mismo asesinaste al can de Lazada en el corral de Moreda y no fue otra la causa que esgrimiste que la del sol que te cegó los ojos.

–Un perro sin amo, cojo, sin rabo –dije yo compungido–. La codicia no lo dejaba salir del gallinero. Había pollos degollados en el corral, plumas sangrientas, crestas cortadas, huevos rotos en los ponederos, un bicho de la mayor vileza.

Denario alzó la mano derecha para dejarla luego caer como un zarpazo o el gesto del machete. Le quemaba

la empuñadura, echaban chispas sus uñas abrasadas y el filo acerado.

–Golpeas, cortas, cribas, deshaces –dijo repitiendo los gestos–. El dolor es como el cansancio. La vida pelada. Lo que se me ahoga entre las manos es lo que contiene el temblor de las mismas. Quiero decirte que cualquier perro es como cualquier cosa, la maldad que nos hace buenos para volver a las andadas, un mendrugo, una chacina.

–Te me vas por las ramas. No soy un asesino, los bichos que tenga en la conciencia y los que tenga pendientes no te conciernen, ni yo mismo llevo la contabilidad. Jamás maté por instinto, siempre por prevención. Los ojos se me cegaron.

Denario me miró antes de escupir.

Ahora el pendiente que le colgaba de la oreja parecía a punto de desprenderse y, si a la primera de cambio, se me ocurriera mordérselo me quedaría con él en la boca, cuatro gotas de sangre, el asco de escupirlo.

Ese era un pendiente de nacimiento, el apéndice que provenía de un antojo del embarazo poco antes de que su madre se quedara tiesa en el parto.

–Qué me puede importar ese perro y el camión de la basura. Menudo destino ganó el animal. Lo atropellan, lo matan, lo cargan y se lo llevan al basurero. Eso sí que me hace recordar las noches que tú y yo pasamos juntos, rebuscando en la basura para convencernos de que éramos mendigos, aquellos meses,

cuando estabas menos malo, en que se te ocurrió liar-me para ir a los basureros de Cejo y de Cambrines, hasta llegar a los de las clínicas y el cementerio químico donde los envases nos produjeron urticaria y una cagalera que nos dejó en los huesos. Envases, gasas, jeringuillas. Cuando Calero se pinchó en la yema le salió pus con la sangre. Cuántos bichos no habríamos destripado.

La mecha se me encendió al oír nombrar a Calero, podía ser uno de mis perseguidores, de los que querían hacerme suyo.

El perro y la basura me la traían floja. Los que venían a cogerme lo acabarían haciendo me pusiera como me pusiera.

Soy un prófugo. Soy un prisionero. Un perseguido.

Calero no destacaría entre ellos, pero no podía descartar que varios fueran hermanos, siameses o no, y algunos primos carnales o amigos de ocasión, todos, eso sí, conchabados para cazarme.

Tengo un trastorno, también una enfermedad renal y un hematoma en salva sea la parte.

Soy de lo que no hay.

Dios hizo de mí un dechado, pero las enfermedades no matan, mata la mano que sale de ellas para amargarle la vida al primer transeúnte, esa mano, esa garra, ese miembro dislocado.

Si yo contase en la comisaria de Ciento, en el siete de la calle Reserva, lo que hizo mi mano bipolar cuando estaba agitado, a punto de caer en la depresión pero todavía alocado y elocuente y dando voces por teléfono o en el atril mientras hacía una disertación sobre los restos de la humanidad occidental, si lo contase ante los inspectores atónitos, y con el subinspector Cebada haciéndose cruces, otro gallo me cantara.

Denario podría ponderar mejor mi condición de asesino, no de perros precisamente, canes que ni me van ni me vienen, chuchos desalmados o desamparados, caniches de mierda. Asesino de ideas y de intenciones y, además, un baluarte del trastorno universal.

Mire usted, señor subinspector, lo que quiero hacerle no es exactamente una confesión de parte con las pruebas y las circunstancias. Se trata de aclararle a usted, y a quienes con tanta atención me escuchan, la mentalidad que tengo y también los efectos de la misma, en consonancia con mi condición de enfermo y una cualidad muy mía para los distintos tratamientos y a favor de los diagnósticos. No sé si lo que vale un atestado es más de lo que vale un peine.

La comisaría de Ciento en la calle de la Reserva, justo en el siete, parece un tonel.

Hay guardias armados y una espita para que los detenidos respiren antes de las declaraciones, en el caso de que el subinspector Cebada no tenga ganas de arrimar el hombro y deba ser cualquiera de los subalternos el que le meta el embudo al detenido de turno para que preste la deposición, si en el interrogatorio no hay otros testigos que los dos percheros y el paragüero donde la policía deja las pertenencias.

En el cuerpo de guardia se juega al parchís o a la oca.

Nunca entendí el esfuerzo de los cuerpos de seguridad para emboscarse, y menos en edificios de dos plantas y terraza o patio de luces, lo que en cualquier barrio está al cabo del día, sin que el tonel tenga otra indicación urbana que la preponderancia de sus incrustaciones: menos luces, pocas ventanas, un armazón de cemento. Lo que podría considerarse la intemerata de alguna resolución poco canónica, si se diera el caso de que subido en el atril tuviera yo que hacer otra disertación sobre los usos y costumbres de la humanidad puesta en peligro, con la variante de los barrios bajos y los arrestos domiciliarios.

—No me vengas con más de lo mismo —me dijo el subinspector, cuya hechura corporal semejaba a un barril de amontillado—. Estás fichado. Tienes antecedentes. Das grima. Das retortijones. Si el cabo Bieito estuviera de guardia ya te habría dado para el pelo. Esa suerte tienes, a su señora la atropelló el mismo tranvía que en la avenida de los Filantros se llevó por delante al chiri de la circulación y a un migrante in-

documentado. Las rechiflas las metes donde te quepan, no me amueles.

–Era el honor lo que estaba en entredicho –quise responder, y tuve la certeza de que el subinspector Cebada sería abducido por los extraterrestres que ya, desde tiempo inmemorial tenían en Armenta, la ciudad que habito, una estación pecuaria con sus albaranes en regla, todo dispuesto desde que tengo uso de razón.

Iban a llevarnos a un mundo galáctico sin la mínima sombra de duda, sabiendo, como ya se ha visto en otras novelas de autor desconocido, que Armenta es una de esas Ciudades de Sombra que no merece la pena recordar, aunque en algunas de ellas tuvieran las novelas una rara geometría que pudo exasperar a los lectores.

Eso no iba a sucederle al subinspector, tampoco a Denario y, menos que a nadie, al perro que atropelló el camión de la basura o al que, según Denario, yo había asesinado en el corral de Moredo, un can de Lazada que fue esbirro en las huestes meridionales, las que en tiempos remotos hicieron de Armenta un bastión de la cristiandad atemorizada, sin que todavía hubiese llegado la morisma.

–Era el honor, querido agente –dije con la soltura que me es propia cuando soy detenido–. El honor en la raya más alta del comportamiento humano, por mucho que en los basureros solo existan residuos de las civilizaciones descuartizadas, desechos de la sociedad

de consumo. El honor como referente, la probidad y la hombría de bien.

–Te doy dos hostias –me amenazó el subinspector Cebada y, antes de proceder a ello, esgrimió el arma reglamentaria, la amartilló y fue un momento a los servicios para cambiar el agua al canario, según me advirtió uno de los inspectores presentes que, además de descojonarse de risa, se estaba afeitando con una guadaña–. Te las doy y las recupero para volver a dártelas –siguió diciendo el subinspector Cebada mientras se abrochaba la bragueta–, de modo y manera que ya no tendrás que comulgar por las pascuas floridas de los próximos sexenios, ni hacer gárgaras en la pila bautismal de la iglesia del Sepelio, donde los padres aretinos cristianan a los rezagados que se quedaron sin progenitores. La camada que te doy no se la salta un gitano ¿o es que te reventaron los tímpanos antes de entrar...?

No es un cuerpo de guardia lo que más añoro.

Tampoco me avengo a la vida perdularia.

En cualquier esquema más o menos reducido puedo hallarme a gusto.

He trajinado. Pronto fui protervo. Las ganas en general me desaparecieron con las enfermedades.

Cuando el niño mamaba, la teta me parecía pequeña. Cuando de mayor conocí otras tetas, todas me parecieron descomunales y fue en esas ocasiones cuando más me acordé de mi madre, de sus cuidados y carantoñas, de la pena de perderla cuando todavía era lactante.

También de la gracia que me hizo ver a mi padre romper una silla en la ventana mientras gritaba que los paisajes de su existencia se habían borrado para siempre y jamás volvería a sentarse ante ninguno de ellos, ocasión que aprovecharon los parientes para desvalijar el inmueble y momento que aproveché para hacerme con el biberón de mi hermano pequeño que ya nunca jamás volvió a reclamar lo que no era suyo.

—No se trata, mamón, de la infancia y sus contrariedades —gritó el subinspector, que tras amartillar el

arma reglamentaria y abrocharse la bragueta se había desmelenado, descubriendo a los presentes su condición de calvorota al tiempo que la peluca sobrevolaba el armero y las municiones y quedaba colgada en un cuerno del perchero, muy cerca del banderín de enganche—. No hay honor que valga. No me busques que me encuentras, no me sobes la chepa. El niño me la suda. Yo gasto un cuarenta y siete con jardinera, soy pies planos a mucha honra.

—Apenas se trata de un sentimiento de maternidad —dije resolutivo, aunque me temblaban los pantalones, y eso que me los habían quitado, no ya por comodidad en el interrogatorio, sino para que la vergüenza me doblegara, la que es una más de las vejaciones que sufre el enfermo parasitario, y no la peor, todo hay que decirlo—. En aras de la leche materna —rematé ya sin mucha convicción— y por el honor de las matronas ancestrales, a las que dediqué la pasada semana en el ateneo refractario una charla donde mantuve, a puerta cerrada, el honor de las madres pundonorosas en contra de los padres circunscriptos y la gran rémora en la evolución de la especie. También dije algo del trastorno universal que tanto me afecta.

—No fui a oírte, tontolaba. Nunca me distraje con esas bagatelas en las que los listos se pasan de tales, mientras los tontos les ríen las gracias. Este oficio no permite otras expansiones que la vigilancia y el orden público. Aquí no nos la cogemos con papel de fumar. Ahora te pones los pantalones y aclaras el curso de tus enfermedades, con preponderancia de las contagiosas, que son las que atañen a la policía higiénica.

Estaba confuso.

Me habían quitado el cinturón y con la hebilla me hice un lío. Los guardias jugaban al parchís y fue uno de ellos, que luego me enteré de que era ahijado del lugarteniente, el que me indicó la silla en que debía sentarme para hacer la deposición, sabiendo que en mi condición de estreñido no iba a tener muchas posibilidades.

–Crónico –musité sin que nadie me hiciera caso, cuando ya el lugarteniente Cebada se ausentaba requerido por una denuncia de ludopatía, un gravísimo altercado en el bingo de la plaza Coribia, a dos pasos de la delegación de Promociones y Aperos y no muy lejos de Fomento, entre Ardiles y Copenhague, donde el camión de la basura atropelló al perro, y apenas logré balbucir otra cosa–. Enfermo crónico, sin más cronología que la usual.

–¿Y con eso vamos a tramitar un atestado...? –quiso saber aquel joven policía, cuyo padrino pertenecía al cuadro de mando de la comisaría de Ciento y que, sentado a mi lado, hacía correr el carro de la máquina, un artefacto que chirriaba con las teclas sueltas y el papel cebolla de las copias que le hacía llorar los ojos, sin que todavía yo me hubiera sujetado el pantalón y dándome cuenta de que también él lo llevaba suelto.

–Son crónicas –repetí– y lo son a destajo, sin enmienda alguna, igual que si lloviera y me mojase sin solución de continuidad, con el agua desde la cabeza hasta las rodillas. Crónicas, inveteradas, inmarcesibles, habituales.

–Será suficiente –dijo el ahijado sin inmutarse–. Lo que falte se lo dices a mi padrino cuando te hagan el requerimiento, que en ningún caso será notarial. La vía policial es la competente y, cuando él tenga tiempo y ganas, te seguirá interrogando hasta que cantes lo que debes cantar, si es cierto que tus enfermedades son las que son. Si las hay contagiosas ya te puedes ir preparando.

–Crónicas –volví a decir, con el alma en vilo, mientras el carro de la máquina de escribir salía de los raíles y se estrellaba en una lámpara que estaba apagada.

–Puedes irte –dijo el ahijado–. Con una rúbrica basta, o un garabato si eres analfabeto. En los cuerpos de guardia está reservado el derecho de admisión, pero con los iletrados hacemos la vista gorda.